Nunca se cruza el Rubicón: ensayo sobre el devenir, la infinitud y el sentido

Yanina Torres

Septiembre 2025

"El mundo no puede ya ofrecer nada al hombre angustiado."

- Immanuel Kant, citado en Camus (1942)

Parece solo un martes. Un martes cotidiano, crudo, igual que el martes anterior. Probablemente, igual que el que viene. Hoy la gente comenta sobre las elecciones, como el martes anterior comentaba sobre unos audios. Todavía es incierto lo que comentarán el martes que viene. Mientras tanto, miro por la ventana los cuerpos que pasan caminando, viviendo en una especie de simulacro de libertad, ya que han dejado, por un rato, la rueda de la productividad en las oficinas.

Mientras tanto, dentro de esta habitación, se entremezclan el Rubicón, el vagón del tren de Einstein y una garrapata. Con mi proceso. Mis lecturas. Mis análisis. Las palabras que quieren salir. Y ahí va.

Leibniz dijo: "No se atraviesa nunca el Rubicón". Yo me imagino a César, en la orilla, pensando en la decisión que debía tomar. Cuando comienza el cruce y pronuncia "*alea iacta est*", la suerte está echada: la guerra civil se desata, la decisión se vuelve irreversible. Poniendo el cuerpo a la guerra, le resultaría incomprensible que Leibniz ponga en duda su cruce.

César, palmo a palmo ejecuta su decisión, mientras que Leibniz le cambia la perspectiva y filosóficamente lo baja de su pedestal de hombre pragmático con una sentencia: siempre hay un retorno y el devenir es infinitamente divisible. Cada uno de esos tramos que realiza no es el cruce en sí, y es difícil fijar un hito desde el cual decir: "aquí comienza la irreversibilidad". ¡Eterno debate entre los hombres de letras y los hombres de acción!

La decisión de César cobrará sentido con posterioridad: cuando se está del otro lado, cuando estalla la guerra. Así, la continuidad interna está asegurada: si bien tomamos decisiones, no dejamos todo atrás. El pasado no se borra, solamente se transforma.

Nunca se cruza el Rubicón porque es un río que se atraviesa siempre, a infinitas gotas. Un cruce acumulativo y perpetuo. Saltar es verlo desde lejos. Cuando estamos dentro, ese salto se construye infinitesimalmente. Imperceptiblemente.

El antecedente inmediato de esta idea de lo infinito es la paradoja de Aquiles y la tortuga de Zenón de Elea. Él plantea que Aquiles nunca alcanzará a la tortuga, aunque sea más rápido, porque cuando llega al punto donde ella estaba, ésta ya avanzó un poco más. Entonces, el movimiento deviene una ilusión: siempre hay infinitos pasos intermedios.

Y aquí se enfrentan dos posiciones: la de Zenón que ve esta sucesión como un obstáculo y la de Leibniz, que la ve como vehículo. Uno se queda en la foto, el otro filma la película. Lo importante no es el instante, sino la serie.

La paradoja del devenir humano: somos una colección de instantes. ¿Cuál es el fin? No lo sabemos. Solo cobra sentido en algún punto en donde establecemos un corte. En realidad, el sentido es trascendente: no lo podemos saber desde la vivencia. Viviendo. Deberíamos trascender la visión de un sujeto para ver si todo esto tenía su *raison d'être*... Y cuando estamos en pleno cruce del Rubicón, es imposible descubrirlo.

La niebla matinal nos cubre al punto tal que ni siquiera podemos ver los remos. Quedamos solos con nuestros pensamientos, atrapados en un bucle que se retroalimenta entre el miedo, la desesperanza y la fe. Qué extraño privilegio del ser humano: saberse infinito, pero incompleto. Saber que su percepción es fragmentaria. Que puede establecer un corte, pero no expandir su visión.

Esa imagen de César cruzando-sin cruzar el Rubicón, me llevó a pensar que, mientras estamos deviniendo hacia-la-muerte, estamos como en el tren de Einstein: sin saber que nos movemos, si nadie afuera lo confirma.

Si la velocidad es constante, como entre este martes y el que viene, el devenir avanza sin ser notado. Como un metrónomo que marca el tempo, mientras el cuerpo es impotente para enterarse de que, dentro de sí, se gesta su autodestrucción.

Lo cotidiano amortigua la épica de un cruce imperceptible. Pero, a su vez, lo cotidiano amortigua la épica de la conciencia de nuestra propia muerte. Nos deja en paz con nuestra cobardía. Porque sin esos cortes arbitrarios con los que nos damos sentido, quizás no haya sentido. Sólo somos un eslabón más en el mecanismo de la existencia.

Correr el velo del sinsentido, implicaría asumir que, como diría Nietzsche:

> *"En algún rincón remoto del universo, que se derrama en innumerables sistemas solares, hubo una vez un astro en el que unos animales inteligentes inventaron el conocimiento. Fue el minuto más arrogante y más falaz de la 'historia universal': pero, a fin de cuentas, fue solo un minuto."*

Somos solamente animales que para sobrevivir inventamos herramientas, jugamos con ellas, las confundimos con nosotros mismos, las dotamos de sentido y las perfeccionamos para evadirnos de la angustia. Para no enfrentarnos a la posibilidad del sinsentido.

Uexküll considera que cada organismo vive en su propio mundo perceptivo, el *Umwelt*. Da por tierra ese afán de unidad que nos impulsa a considerar que existe un único mundo, e invita a pensar que existen muchos mundos simultáneos según las capacidades del cuerpo para percibir, actuar y dotar de sentido. No hay un solo mundo: hay múltiples mundos cohabitables, aunque no comunicables del todo.

El mundo de cada especie es cerrado para y por las otras especies. El ejemplo de Uexküll de la garrapata que espera pacientemente a su presa, recorta dos elementos que constituyen su mundo: el calor y el olor del mamífero.

¿Y si este recorte del mundo no es solamente producido por las especies, sino por cada ser humano? ¿No sería el humano recorte lo que dota de sentido su existencia? Sabemos, por el avance de la ciencia, que solamente percibimos una pequeña parte de la realidad que nos circunda.

Sospecho que la parte que percibimos es la que nos ayuda a encontrar un sentido que alivie la angustia de aceptar de que quizás, no haya algún sentido. Entonces, ese recorte tendría un sentido: la de permitirnos seguir viviendo. Puede tener múltiples nombres: Historia, Ciencia, Dios. Pero es el anhelo de unidad del que hemos sido excluidos.

Nos dejó dicho Camus que el único problema filosófico serio es el suicidio, cuando el hombre se enfrenta al reconocimiento del carácter irrisorio de la vida, a la ausencia de toda razón de peso para vivir. ¿Podríamos decir a la falta de ese corte que da sentido al atravesamiento del Rubicón que nunca fue?

Cuando el hombre y la vida se escinden, aparece el absurdo. Es ese instante cuando el hombre busca esa unidad y el mundo le responde con silencio. Y allí se produce la colisión entre la necesidad de explicación total del pensamiento humano y la fragmentación del mundo. ¿Y si

en realidad la unidad es la multiplicidad de *Umwelt,* no dejaríamos de andar empujando una piedra hasta la cima y de vuelta a caer? Si el mundo es incapaz de ofrecernos algo, ofrezcámosle algo al mundo. Y ese algo es la conciencia del sinsentido y su aceptación.

Camus no solamente enfrentó el absurdo: murió de forma simbólicamente absurda, como el objeto de su pensamiento. No se subió al tren, sino que murió en una ruta. Murió en su ley, en la falta de certeza, aunque tenía la herramienta: el pasaje en el bolsillo del saco. La rebelión que nos enseñó Camus es tener la valentía de cambiar el vehículo, aunque sepamos que nunca llegaremos al otro lado. El acto de conciencia del absurdo no lleva al suicidio, sino a la rebelión. Lúcida y sostenida. Como la de César. Como la de Sísifo. Que, a pesar de la imposibilidad de cruzar el río o de llegar a la cima empujando la roca o, incluso, de dotar de sentido a la existencia de animales con herramientas, el acto de seguir remando, de seguir empujando y de seguir enfrentando la angustia es un gesto de libertad. Y de rebelión que, alzando el puño, dice: todavía vivo.

El martes no fue solo un martes. Este martes fue la renovación del grito que, desde la intemperie, sigue soñando que, por fin, Leibniz se rinda.

Referencias

Benasayag, M. (2019). *La singularidad de lo vivo.* Prometeo Libros.

Camus, A. (1942/1995). *El mito de Sísifo*. Alianza Editorial.